

SEMANARIO URUGUAYO.

REDACTADO POR JOSÉ H. URIARTE.

CON LA COLABORACION DE MUCHAS DE LAS PRINCIPALES INTELIGENCIAS DE LA REPÚBLICA.

Año 1.º

Montevideo, Enero 27 de 1861.

Nám. 26.

LITERATURA.

LUZ DE LUNA.

Por la S.ª D.ª María del Pilar S. de Marco

— Yo tambien os amo, conde, dijo esta tomándole las manos y obligándole á que se levantase; si, os amo, como ya no volveré á amar á pesar de no tener mas que 16 años; dejadme concluir añadió conteniendo con impetuoso ademan el trasporte del conde: esta es la primera confesión: seré tambien la postrera.

— La postrera!

— Sí, desde ahora os lo juro por el nombre que llevo, yo ahogaré esta pasión, y si no puedo conseguirlo moriré: escuchadme Beltrán, prosiguió enternecida al ver la angustia que se retrataba en las facciones del conde. Mi padre debe su vida á la reina, y su bienhechora está rodeada de enemigos, abandonada de su esposo: solo un bien la resta; vuestro amor! y este bien, que compensaba para ella todos los demás, le ha de perder tambien! ; y queréis conde, hacerme su enemiga! ; queréis en fin que desobedezca á mi padre, que me mandó oponer mi pecho como un escudo á los golpes que asestásen al suyo! ¡oh no, no! jamás!

— ¿Y crees, Luz que por que vos dejéis de amarme renacerá mi cariño hacia la reina? ¿pensais que humillaré de nuevo la frente á ese vergonzoso yugo? ; imagináis que para conservar mi fortuna y elevación, la fingiré de nuevo el sagrado sentimiento, que solo vos en el mundo habeis podido inspirarme? ; Por Dios, que os equivocais! voy á renunciar esta noche todos mis cargos y títulos, y mañana seré otra vez un pobre soldado! Ya nada quiero de ella!

— Y yo conde, os aborreceré, como á mi mas mortal enemigo, porque habréis causado la muerte á la bienhechora de los mios, dijo la joven con airado acento:

sí, os lo juro por el Dios que nos oye; si, asestáis ese golpe al corazón de la reina, mi amor se trocará en aversión, porque la amo mas que á vos.

Al acabar de pronunciar estas palabras se dirigió á la puerta, mas el conde la detuvo, poniéndose delante.

— Luz, esclamó, por piedad, no me dejéis así: decidme al menos que el recuerdo de mi cariño os será grato; yo haré lo que querais.... no me separaré del lado de la reina.... la defenderé con mi vida.... ¿estais contenta? prosiguió clavando sus ojos con amarga tristeza en los ojos de Luz.

— Si, conde, contestó la doncella tendiendo al caballero su blanca manecita: ¡oh sí, muy contenta! ¡me habeis hecho tan feliz! Vos pagareis de este modo á doña Juana la deuda de los Luuas, y yo... yo os amaré... como á mi mejor amigo.

Temblaron los lábíos de la joven al pronunciar estas palabras, y una espantosa palidez cubrió su bello semblante.

— Ahora, añadió haciéndose superior á su emoción, ahora es ya de día, conde: marchad á ver á la reina: sé por Inés que está indisposta, y por eso fui á suplicaros que detuvierais vuestra partida.

— Os obedezco, Luz, dijo tristemente el conde: ¡quiero a Dios, que mi vida, convertida desde hoy en un largo y doloroso sacrificio, pague esa deuda terrible que me roba vuestro amor!

— Os engañais Beltrán; la satisfacción de esa deuda me liga á vos con una tierna e inalterable amistad, y ese puro sentimiento, reemplazará al amor, porque vuestro amor y el mio pertenecen á la reina de Castilla.

Al concluir estas palabras abrió la puerta de su aposento, y entró en él, cerrando después de saludar al conde, que tomó lentamente el camino de las habitaciones de la reina.

En cuanto á Luz se dejó caer de rodillas al pie de su lecho, y esclamó con voz entrecortada por los sollozos:

— ¡Gracias, Dios mío! gracias, por las fuerzas que

me habeis concedido en tan árdua y dolorosa lucha !
¡Oh Dios piadoso ! ¡Oh virgen mia! ¡ No me desamparais !

V

LA ENTRADA DE VILLENA.

Cuatro dias habian pasado desde estos sucesos, y todavía no se habia dado orden ninguna para la partida del rey.

Doña Guiomar seguia indispuesta, obedeciendo tal vez los consejos de don Juan Pacheco, marqués de Villena, su amante oculto, aunque nadie en Castilla, le conocia otro que Enrique IV.

La hermosa dama de honor de doña Juana, tenia enteramente subyugado el corazon del rey: pero ella no sentia hacia el monarca mas que el desprecio, que necesariamente debia inspirar á una mujer de su temple, porque doña Guiomar tenia talento y corazon.

A pesar de no contar mas que 30 años, amaba con pasion al marqués de Villena, que pasaba de los 50. La energia de aquel hombre, sus brillantes prendas y su elevado talento la inspiraban cariño y admiracion: aun su misma ambicion era otro nuevo mérito á sus ojos, porque era ambiciosa tambien.

La noche, en que á ruegos del paje detuvo don Beltran la marcha del rey, recibio ella una carta de Toledo concebida en estos términos:

«Es absolutamente preciso que detengais al rey cuatro dias mas en Segovia: al finar el ultimo os veré en vuestra misma casa, porque entraremos victoriosos llevando á nuestro frente al infante don Alfonso. *Villena.*»

No bien leyó la dama de honor este billete, que le fué entregado al desnudar á la reina, lo ocultó cuidadosamente entre los pliegues de su brial: despues estendió los brazos, y cerrando los ojos, se dejó caer en un sillón, dando un ahogado grito que hizo acudir á la reina y todas las damas: el desmayo duró media hora, al cabo de la cual pareció reanimarse, y pidió permiso con voz débil para retirarse. Doña Juana dispuso que se trasladase la enferma á su casa en una de sus carrozas, y mandó á doña Blanca de Solís, la mas joven de sus damas de honor, que la acompañase y velase á su lado toda la noche.

Poco agrado, en verdad, esta orden á doña Blanca: odiaba, como todas sus compañeras á aquella orgullosa mujer, que las trataba muy mal; pero se inclinó profundamente, y abrigó ella misma con su capuchon de pieles los hermosos hombros de doña Guiomar.

Despidiolas doña Juana, dispensando á la enferma de todo servicio en su aposento mientras durase la indisposicion; y asegurándola que sus damas alternarian en su cuidado y asistencia; pero durante el camino, doña

Guiomar se animó y pareció casi buena al llegar á su casa.

... Doña Blanca, dijo á la joven con una dulzura extraña en ella; no quiero que os molesteis; ya estoy mucho mejor, y creo que mañana podré asistir al alcázar á la hora de levantarse S. A.; voy á mandar que os conduzcan á vuestra casa, quedando yo sumamente conocida á vuestros afectuosos cuidados.

— Pero señora, tal vez os engañais, repuso la sencilla joven, sin comprender las miras de la activa dama: podéis poneros peor... no, yo velaré con sumo gusto á vuestro lado.

— Os digo, que me siento ya muy bien, repitió doña Guiomar, cuyas morénas mejillas se encendieron con tan leve contradiccion.

— La reina me reconvendrá.... murmuró débilmente la pobre niña, aterrada como una paloma delante del milano.

— Yo os disculparé con su alteza mañana, cuando asista á su cámara: la diré, que os he rogado que os retiraseis; ea, buenas noche doña Blanca, continuó bajando ligeramente de la alta carroza y entrando en su casa.

No bien se halló en su aposento, escribió al conde de Ledesma diciéndole que estaba bastante indispuesta y rogándole que lo hiciera saber al rey. Mas don Beltran, suponiendo la verdad, porque no ignoraba la intimidad de Villena con la dama de honor, se guardó bien de enseñar la misiva á don Enrique y la hizo pedazos en seguida que la leyó.

Los ruegos del paje alcanzaron lo que deseaba doña Guiomar; el rey voló á su casa así que tuvo noticia de la indisposicion que la aquejaba y que ella fingia por su parte á las mil maravillas.

Al volver al alcázar con don Enrique, Beltran de la Cueva, se dirigió al salon amarillo, porque los dolores alejaban el sueño de sus ojos; desde el dia que vió á Luz de Luna la amó con pasion, y aquel fuego devorador, aniquilaba enteramente sus fuerzas morales.

Sin embargo, compadecía profundamente á la reina; á medida que él se tornaba frio y indiferente, la pobre joven languidecía y su frente se doblaba mas pálida y abatida que la del conde: ella ignoraba no obstante la causa de su desvío: no sabia que otro nuevo amor le robaba el corazon de su amante, porque no sabia tampoco que su amoroso pajecillo era una hermosa doncella.

En la corte de Castilla nadie mas que don Beltran, conocia este secreto porque solo á su lealtad lo había confiado su anciano amigo don Fadrique de Luna. ¡Dios en su bondad, quiso evitar á aquella infeliz princesa el mas amargo de todos sus dolores.....; los celos !

Era el dia que Villena había señalado para entrar en Segovia; brillaba el sol en todo su esplendor, y el tibio

viento de octubre traía en sus filas los perfumes de las últimas flores.

Enrique IV, sin acordarse de que rujía sobre su cabeza una terrible tempestad, pasaba casi todo su tiempo al lado de doña Guiomar, que agravaba ó disminuía su indisposición según convenía á sus planes; Toledo y la conspiración que encerraba dentro de sus muros se habían borrado completamente de la memoria del rey.

Espantoso desorden reinaba en la ciudad; muchos de los nobles, partidarios de Villena, y avisados por él, sabían que aquella noche debían entrar los conjurados, y que don Enrique iba á ser arrancado del trono, para colocar en él á su hermano don Alfonso.

Otros (y estos eran los menos) adictos al rey, se prestaban á la defensa, y cruzaban en todas direcciones á la cabeza de sus compañías francesas.

En vano se fué á avisar al rey de lo que acontecía: en vano le pintaron el riesgo que corría; su sagaz manzana le aprisionaba á su lado, y el rey se contentaba con responder: *No se atreverán.*

(Continuará)

MORETO.

(CONCLUYE.)

Sentado estaba delante de una mesa en su gabinete D. Agustín Moreto, buscando entre sus papeles uno que harto debía interesarle para tener tan grande ahínco en hallarlo. Por fin dió con él, y después de haberse enjuagado las lágrimas que por sus párpados corrían, y haber llevado el precioso papel á su labios, lo leyó con los ojos del alma, al propio tiempo que con los del rostro. Era una carta de su amorosa madre, la cual tenía la fecha bastante atrasada, y decía así:

« Hijo de mis entrañas, muchas veces me has preguntado, viéndome aflijida, la causa de mis pesares, y siempre me he negado á contártela. Cuando notaste que tenía por causa inmediata algunos desvíos y reconvenencias de tu padre, suspendióse tu ánimo, y lanzóse sin duda alguna en un piélago de conjeturas que á milagro tendría no fuesen en contra de mi honra. Entonces fué cuando quise tranquilizarte y conservar tu estimación, que tengo en tanto como tu cariño, lo cual solo podía alcanzar contándote francamente la causa de mis angustias. Te ofrecí hacerlo así, y hoy que me lo recuerdas, te voy á complacer. »

« Siendo aun muy niña, huérfana y desvalida, me agregué, como no ignoras, á una compañía de comediantes, en donde, á trueque de malos tratos, y sirviendo de objeto de risa á un público siempre descontentado, me daban el necesario sustento, y cubrían mis desnudas carnes. Fui creciendo, y paso á paso ganando

mas consideraciones, hasta que llegué á ser *dama*, cuyo significado en nuestra profesión conoces. Alcancé bastante crédito, y yo era, según opinión general, el alma de la comparsa. Un día que tranquila estaba yo estudiando el papel que me tocaba aquella noche representar, vi 'entrar en mi aposento á un joven muy gallardo cuyos negros ojos clavó en mí. Confieso que me turbó tan noble fisonomía, y no acerté á preguntarle el objeto de su visita. Dijomelo no obstante en breve, y no era otro que el de rogarle le sirviese de medianera en la pretensión que hacia de formar parte de nuestra compañía, como galan que era y á mí me pareció. Llamábábase Rodrigo de Alveár. Le serví en cuanto pude, y en breve quedó admitido. No tardé mucho en conocer que era yo el objeto de sus atenciones, y fué tal la ternura con que me trató que si no me enamoré de él, al menos lo veía con gusto. Una noche representamos una comedia en la cual debía yo darle una sortija como prenda de eterno amor. Hicelo en efecto, dándole mi más preciada sortija en cuyo brazo grabado estaba mi nombre. Terminada la función, fué á mi cuarto, se echó á mis piés que bañó con sus lágrimas, y me rogó por el amor entrañable que me tenía, le dejase conservar por los días de su vida aquella sortija que en extraño nombre le había dado. Fueron tales sus súplicas, sus ruegos, sus lágrimas, que no pude menos de ceder, y le dejé la prenda que tanto anhelaba poseer. Pasaron días y semanas; vano él con el favor que le había otorgado y otras ligeras preferencias con que le había yo distinguido, quiso abusar de mi abandono, á tal punto que me vi precisada á cerrarle las puertas de mi casa y las de mi afecto. Juró él entonces vengarse y lo ejecutó. »

« Un año después de este suceso, estando Rodrigo de Alvear en Valencia, conocí al que después fué tu padre y mi esposo. Quisome bien; pagué su amor con el mío y en breve nos unió para siempre el matrimonio. Fui mos muy felices durante años; interin mi marido ni sentía celos de lo pasado, ni los tenía del porvenir; pero Rodrigo vino á turbar nuestra paz, porque hizo alarde de la sortija que sus lágrimas le grangearon, y aun de alguna breve carta mia cuyas palabras interpretaba él y esplicaba á su antojo. »

« Nada mas te digo, y sé que tú que conoces el carácter celoso y sombrío de tu padre, adivinarás facilmente cuantos sinsabores he pasado; pero el mayor de todos ha sido hijo mío, el que tu hayas advertido el desvío de tu padre, nacido no de liviandad sino de flaqueza mia. »

Moreto era impetuoso y estaba entonces en la fuerza de su edad. Amaba á su madre con delirio, y por ahorarle un minuto de dolor, diera todos los instantes de su vida. Su carácter caballeresco le impelia á la vengan-

za y su corazon de hijo á arriesgar la existencia por la paz de su madre amada. No bien hubo acabado la lectura de la carta anterior, cuando enjugando las preciosas lágrimas que por su rostro se deslizaban empuñó su espada, miró su agudo filo, y cubriéndose con una larga y oscura capa, salió de su casa. Dirigióse á la calle nueva á punto que las campanas de la ciudad tocaban á las ánimas, y ocultándose en un sitio retirado donde no pudiese alcanzarle la claridad de algunas luces de devoción que por la calle había, esperó á D. Rodrigo de Alvear, que según la noticia que conservaba del Cristo de la Vega, no debía tardar en salir de casa del Arcediano. Su corazon estaba preñado de cólera, y sus ojos no ansiaban mas que ver correr la sangre del infame que había causado la infelicidad de una familia, abusando de una harto disculpable debilidad de mujer.

Media hora haría apenas que Moreto estaba en situación tan triste, cuando vió salir de casa del Arcediano un hombre cubierto de una capa parda. No dudó que fuese aquel D. Rodrigo, pero acercóse mas á él y advirtió que llevaba bastón y espada. Cerciorarse de esta última circunstancia, y avanzarse á él fué todo uno. El desconocido se defendió bizarramente, pero D. Agustín Morato iba á vengar un ultraje hecho á su madre, y parecía invencible. Por fin, después de una terrible refriega, cayó el contrario bañado en su sangre, y cuando Moreto iba á arrancarle de la mano la sortija que suponía encontrarle, notó que la ronda entraba en aquella calle, y se largó con precipitados pasos. Dirigióse á su casa donde encontró á Lope de Vega que lo esperaba para hacerle una pregunta literaria. Iba tan turbado que sin reparar en su amigo, se arrojó sobre un sillón donde permaneció largo rato sin decir palabra ni oír las preguntas reiteradas y amistosas de Lope.

Pocos minutos habían pasado así, cuando un amigo íntimo de Moreto entró precipitada mente en casa de este y dijo que acababa de encontrarse muerto en la calle nueva á Baltasar Elíso de Medinilla.

— A quien? exclamó fuera de si Moreto.

— A Baltasar Elíso de Medinilla.

— Dios mio! dijo Moreto, y cayó desmayado.

Lope de Vega entonces le quitó el embozo de la capa y vió con dolor y asombro una espada teñida en sangre.

Por este hecho se presume que D. Agustín Moreto dejó encargado en su testamento enterraren su cadáver en el *pradillo de los ahorcados*; sin embargo, sus disposiciones últimas no se ejecutaron, y de órden de su hermano D. Julian, y del licenciado D. Francisco Carrasco Marín, sus albaceas, fué enterrado en la bóveda de San Juan Bautista de Toledo, hoy escuela de Cristo. Murió en 1669, siendo desde 1657 rector del refugio, al lado de cuyo establecimiento está en pie todavía la

casa en que moró, y que mandó construir para él su protector el Cardenal Moscoso.

Es de esperar que el tiempo dé á conocer hechos interesantísimos de este ilustre poeta. O mucho nos equivocamos, ó su vida está enlazada á infinitos sucesos políticos del siglo XVII. J. S. Q.

TOCADOR DE DAMAS.

AGUA FILODERMICA.

Este benéfico licor está destinado para reemplazar los Vinagres de afeite en todos los empleos para los cuales ha sido muy malamente apropiado.

La Junta medical de la Sociedad Higiosila tiene seriamente reprobado el uso de todo ácido en las diversas preparaciones destinadas á la higiene del cútis. Estos ácidos, por lijeros que se crean ó que se conviertan con su disolución en el agua, no dejan por eso de conservar «una acción mordiente y astringente que diseca el cútis, cierra sus poros y lo curte en cierto modo, mientras que un agua verdadera de tocador debe suavizarlo y hacerlo untoso y yelloso.

Luego, el fundamento de todo Vinagre es el ácido acético, ácido enérgico, y que todo médico bien instruido proscribe por las razones que acabamos de dar.

Nuestros químicos distinguidos se han puesto al estudio, para poder conseguir la composición de un licor libre en un todo del ácido, y cuya aplicación, después de haber procurado al cútis aquella sensación de frescura inmediata tan agradable, lo mantiene de un modo definitivo en este estado y le deja una superficie fina, suavizada y aromatizada en vez de la sequedad penible á la flexibilidad y á una especie de curtido con el uso ordinario del Vinagre.

De ahí resulta aquella especial alteración del cútis con arrugas anticipadas que se hallan en los que hicieron uso de estos Vinagres.

La Junta medical de la Sociedad Higiosila, ha juzgado que nuestros químicos habían logrado el fin deseado, al ofrecer al público esta Agua Filodérmica que por una parte, tiene por base un alcohol tan puro que en verdad llega á ser etéreo, y por otra, sustancias vegetales ricas en principios balsámicos y tónicos del mas suave y aromático olor.

Esta agua tiene propiedades á la vez refrigerantes y tónicas.

Por otra parte, suaviza efectivamente todas las irritaciones del cútis; calma las comezones; estingue el fuego de la cara y erupciones epidérmicas; refresca las partes irritadas con las marchas y hace desaparecer inmediatamente lo irritado de la navaja de afeitar,

Sirve en este caso echando una cucharita de ella en un vaso de agua.

Por otra parte, el Agua Filodérmica fortifica el cutis relajado con la fatiga y transpiración; cuyo olor quita; en un baño, se recobra con ella la fuerza y flexibilidad del cuerpo, después de una larga marcha ó después de un viaje; empleada en lociones para la cara, le devuelve la frescura, previene y borra las arrugas y manchas; tomada en inyecciones, entona las membranas mucosas, agotando ciertos flujos que proceden de su relajamiento ó cansancio.

En estos casos la dosis debe ser mas fuerte; una media cucharita en tres ó cuatro vasos de agua para lociones ó inyecciones; un frasco entero para un baño.

Júrguese inmediatamente por los resultados ventajosos de su empleo en los cuidados secretos y delicados del afeite de las señoras: nada mas bueno que el Agua Filodérmica para mantener los tejidos en el estado de firmeza y frescura necesarias; para prevenir y atacar las flores blancas, como igualmente las flaquezas de estómago, la palidez y descaecimiento que resultan de él.

En fin, con los aromas escojidos resultando de la destilación de plantas balsámicas aromáticas las mas suaves, que son el fundamento de su composición, el agua para tocador de la Sociedad Higiosila llega en verdad á hacerse antiséptica; ataca victoriósamente todas las emanaciones y vicios del aire reconcentrado, así como lugares de reunión.

A menudo mitiga las jaquecas en su principio; detiene las síncopeas y náuseas, hace desaparecer las opresiones y palpitaciones de corazón; reemplaza ventajosamente el agua de Colonia como igualmente los Vinagres de afeite, sin experimentar sus inconvenientes.

A vista de un número mayor de empleos que muestran que el agua Filodérmica es un producto higiénico de la mayor importancia, nadie extrañará que, ante todos haya llamado la atención de la Sociedad Higiosila, y que, con datos de los químicos y bajo la vigilancia de los médicos que componen la Junta, haya establecido su composición y determinado su preparación, con todas las condiciones de una superioridad incontestable al agua de Colonia y Vinagres de un uso pernicioso.

COLABORACION DEL SEMANARIO URUGUAYO.

Hojas sueltas.—Meditación.

....

Cuando me detengo á la orilla del río á escuchar el son misterioso y sonoro de las on-

das que pasan mojando las frentes de las mas altas rocas, siento en lo íntimo del alma, una cosa que se parece á la inmensidad— incontenible como ella; flotante y sin formas: Una impresión que parece que absorbe la materia y me torna en solo espíritu.

De repente, creo que tengo cadenas en el pecho, y que le oprimen tanto que no le dejan espacio para respirar; y como que las paredes que encierran el corazón, no fueran bastantes para contener el golpe de aliento que viene á deshacerle.

Otras veces: he visto indeliberadamente, errar por delante de mis ojos; largos y vistosos ropajes de unas figuras desconocidas:—he creido que podría tocarlas—he estendido las manos.... las manos se han estraviado en el vacío.

Qué maravillas han pasado por mi cabeza, todas las ocasiones que me he detenido á contemplar los ríos!

Jamás he podido poner sobre ellos, esa mirada fría, del que va indiferente á mirarlo todo—jamás!

Yo he sentido admirables inspiraciones de gozos y melancolías:—yo he sentido la realidad de lo creado, y su insondable eternidad:—yo he vacilado entre el deseo de morir para alcanzar la gloria, y el lazo del amor de mi madre, que me liga á este mundo.. He vacilado allí—delante de esos magníficos objetos que se presentan al ojo humano y que jamás se alcanzan á comprender—Allí—dónde la vista podrá desvanecerse en el inmenso horizonte, que coronaba de fajas relucientemente azules, la estension de las aguas!

Allí he pensado en morir, y me ha detenido el escrupulo mas santo del corazón—“El amor de mi madre.”

Si alguna vez la garganta humana pudiera revelar en su latitud, las insondables impresiones, que el espíritu recibe en las largas contemplaciones de las cosas celestes; la criatura, se alegraría siquiera de poder desbordar los arcanos, y vivir en el mundo así!—pero es imposible: yo lo he tocado... lo veo... lo siento—es imposible.

La voz parece que solo fué dada á los seres con el intento de hacerle mas patente “su impotencia;” para que sintieran siempre, lo que jamás les sería dado pronunciar: acaso en razón de sus inmensos pecados.

Por eso mi alma cuando se estasia en esas meditaciones portentosas, en las que he llorado sin cesar de mi ignorancia y de la de todos; siente en sí la divinidad de la concepcion, y el vacío eterno en que se absorve:

— El silencio !

Mil veces puesta la cabeza sobre las manos he estado viendo dilatarse esa faja azulada de agua correntosa que forman los ríos; y pensando en la gravedad que Dios ha puesto sobre todas las obras de su bondad.

Qué portentos se descubren en aquella infinita largura brillante que toca el horizonte; algunas veces celeste, límpido; otras sombreado de amarillo vivo y colorado !

Qué portentos en la blancura ficticia de las espumas, que se van arrollando entre los brazos sin formas de las olas vagamundas !

Qué portentos, en el silencio jamás interrumpido de las rocas que las coronan—de la vegetación lasciva,—que crece fecundada, por sus temblorosas corrientes !

Yo he visto en los ríos, cosas de una naturaleza infinita, divina.

He visto dilatarse sombras de una peregrina belleza á lo largo de las ondas, movidas por la blandura de esas brisas Otoñales.

He visto lucir y perderse, resplandores de faros misteriosos, como si fueran tantos otros destinos ocultos allí.

Y muchas veces, me he quedado escuchando en el susurro de los vientos que se ajitaban simultáneamente sobre las olas; un concierto de voces graves y santas, como desde lo mas alto de los cielos.

Las tinieblas de la ignorancia humana me ha parecido que en aquellos sitios se alumbraban:—que mi ojo trascendental y profundo tocaba con su pupila ambiciosa, el ser de la gloria.....

Oh ! yo he visto á Dios!.... yo le he visto!

Jamás me ha parecido bella la tierra, como en los momentos en que triunfando de los conflictos de la duda, mi alma apesadumbrada ; ha vislumbrado esos destinos privilegiados que la mano de Dios ha marcado en el centro de sus arecanos.

Jamés !

Porque yo siempre he mirado lo del mundo, como cosas que pasan con el humo de las tormentas del deseo:—miserables creaciones de la inquieta cavilación del ser humano!

Pero entonces, he creido que la tierra tenía sus hermosos secretos: y aunque para mí no hubiera en ella, sino el del destino de mi pobre madre; en esto sin duda yo lo hallaba todo.

Oh, Ríos ! las almas verdaderamente solitarias, encuentran su similitud en vosotros: sus arcanos y los vuestros, tienen una misma forma y unos mismos coloridos, unos y otros son pasmosos, sombrios, y callados, como que se nutren de ocultas causas.

Siempre me acuerdo que en la niñez, he pasado horas enteras, en las riveras del Río de mi país, contemplando, unas veces yo no sé qué imágenes vaporosas, que divagaban sobre las olas, ó á lo largo del horizonte tranquilo.

Otras,—he estado mirando fijamente, las largas y verdes hojas del *camalote*, reluciente del agua que acababa de bañarlas, y las arrojaba sobre las playas como si confundiera en aquellos resagos recuerdos de otra cosa que no podía descifrar.

Me quedaba mirando esas pequeñas flores azules de una yerba, cuyo nombre aun no sé; porque aquellos objetos tan sinceros de la naturaleza abierta en faz, delante de mis ojos: me hacia analizar, sin duda con el presentimiento del alma, las impresiones del niño.

Y ahora; que he llegado á esa edad en que se piensa y se siente—aunque muchas veces se siente como se piensa: ahora yo he experimentado, rarezas inesplicables, en la contemplación de los ríos—delante de ellos he medido mis fuerzas con la muerte : he trascendido en el Océano sin luz de la esperanza humana, un mas allá de cierta gloria, sin nombre posible, en donde las almas se juntan para volverse á amar: y he creido tocar con mis propias manos, esa cuerda invisible, eléctricamente sonora, que se estiende por todo lo que vive y que los hombres han llamado sentimiento.

Yo lo he creido.

Si ha sido un sueño, no sé: pero yo he sentido la realidad en la mente; y sé que en ningún otro sitio yo he visto lo que he visto allí:—y no lo extraño; el alma absorta en las meditaciones de cosas tan abstractas y finas; se creaba otro mundo—En ese mundo desconocido de todos, comprendió lo que jamás pudo tener en la vida:—la felicidad.

los guaraníes, confederados, habían reunido un poderoso ejército y estaban acampados en las inmediaciones del Uruguay.

Las reyertas y rivalidades tan comunes entre los caciques guaraníes, ocasionaron un rompimiento, y próximos á venir á las manos, cada uno se retiró con su jefe donde mejor le pareció.

Uno de los caciques, Guaymiran, el que contaba mayor número de combatientes, logró vadear el río y se guareció en la vecina selva.

Los demás formando álas paralelas marcharon hacia el norte.

El enemigo que acechaba sus movimientos, cuando los vió divididos y bastante lejos unos de otros, cayó sobre ellos y los fué batiendo en detail.

Los que escaparon de aquella espantosa carnicería, anduvieron tres días y tres noches vagando por los montes, perseguidos siempre por los mamalucos, hasta que muertos de hambre y de frío pudieron llegar á las márgenes del Uruguay, favorecidos por la oscuridad de la noche.

Estaba muy crecido el río y había vara y media de agua sobre el paso, que era un estrecho banco de arena. La fuerza de la corriente ponía espanto, y los baqueanos declararon que era imposible pasar.

Los fugitivos, cuyo número crecía por instantes, llegaban y al ver á sus compañeros detenidos por aquel obstáculo insuperable, se sentaban tristemente á la orilla del río, escondiendo la cabeza entre sus manos.

Empezó á despuntar el alba y á divisarse en lontananza, en la cumbre de las lejanas cuchillas, las hordas de los mamalucos que husmeaban su presa.

Las mujeres y los niños rompieron en sollozos y gemidos.

Algunos hombres corrieron instintivamente hacia la orilla, pero al tocarla, retrocedieron amedrantados por el imponente espectáculo que ofrecía el Uruguay desbordado.

Un joven alto, robusto, de vigorosa musculatura y excelente nadador, detúvose únicamente, y confiado en su destreza y en sus nervios de acero se precipitó en el río.

Otro y otros le siguieron.

Lucharon un momento... pero debilitados por el cansancio y la falta de alimento, remolinearon y describiendo un ancho círculo, de-

saparecieron arrebatados por la fuerza de la corriente.

Poco después sus cadáveres flotaban sobre las olas.

Horrible desesperación se apoderó del alma de los guaraníes, y de nuevo los niños y mujeres ensordecieron el aire con sus alaridos.

Los que se encontraban seguros en la selva, acudieron al tumulto desde la orilla opuesta, y una sonrisa satánica iluminó el pálido rostro del vengativo Guaymirán, que capitaneaba aquella tribu, la única que se había salvado del desastre general.

En esto un grito formidable retumbó en el espacio como el sordo rugido de un trueno: los enemigos acababan de divisar á los dispersos.

— Protejednos, hermanos! — gritó un anciano adivino dirigiéndose á sus antiguos compañeros: — los mamalucos después de degollarnos pasarán el río mañana y harán lo mismo con vosotros.

El cacique pareció reflexionar y un murmullo de compasión se levantó entre su tribu.

Las mujeres, los niños y los heridos les tendieron sus brazos.

El sol rompió las densas nubes que lo envolvían y trepó lentamente por el horizonte, iluminando con rasgos de fuego aquella escena desgarradora.

— Sí, es preciso salvarlos — exclamó un joven entusiasta: — caerá sobre nosotros la maldición de Dios y el desprecio de los hombres si no lo hacemos!

— Unidos, somos invencibles, tornó á decir el adivino: pero aislados y hostiles seremos la presa y el escarnio de las tribus más despreciables.

Guaymirán levantó los ojos al astro, símbolo de su común creencia, y herido en la pupila por su luz irresistible, sacudió su larga cabellera como si quisiese arrojar de sí los malos pensamientos que lo dominaban, y volviéndose rápidamente al viejo adivino, le gritó:

— Que cien hombres de los más fuertes enlazados con las manos, hombro contra hombro, se adelanten en línea recta sobre el banco hasta la mitad del río.

Así lo ejecutaron y entonces á favor de aquella muralla de pechos humanos, asegurándose en ella el resto de los fugitivos paso y

trasladó á la otra orilla á los niños, á los heridos y á las mujeres.

Cuando llegó el feroz mameluco encontró la playa desierta; pero confiando en que bajase el río, sentó allí su campamento.

Los guaraníes derrotados, ganaron la selva, comieron y durmieron tranquilos esa noche, y restablecidos de sus fatigas, en la madrugada del siguiente día, aliados con la numerosa falange de Guaymirán, sorprendieron á los mamaluces y no dejaron uno solo con vida.

Pueblos del Río de la Plata y de toda la América Española: imitad en la buena como en la mala fortuna, el proceder de Guaymirán: unidos sois invencibles; pero aislados y hostiles, sereis la presa y el escarnio de las mas despreciables tribus !

ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

Junio—1857.

Preludios.

Amor, amor, lumbre de la vida.

QUEVEDO.

.....
¿Cuando no fué para nuestra alma, amena
Una historia de amor aun siendo ajena?

VII.

Así siempre el amor rey se ha soñado
mas que los bronces y los tiempos fuerte,
cuyo imperio invencible y no acotado—
los límites traspasa de la muerte.
De incorruptible eden ser espatriado
la lengua habla de Dios, y de esta suerte
muestra el amor que se enjendró en el seno
donde todo es eterno, hermoso y bueno.

CAMPOAMOR.

I

Todos cantan amor, todos respiran
Suaves aromas, perfumadas flores.
Ya amantes tiernos en su amor se miran
Y otros se miran suspirando amores.

—
Canta el gilguero, y en su dulce trino
Brinda amores tambien y de amor canta,
Ya al solo errante y triste peregrino
Amor anima su insegura planta.

—
Ora la alondra en grata melodía
Muestra festiva que de amores vive,
Ella es feliz y en suaves armonías
Lo que es amor, cantando amor describe.

Ya el cóndor se remonta tras su amante
Trepando altivo el rey de las alturas;
Ya el águila desciende y vaga errante,
—¿Qué busca? amor, para olvidar torturas.

—
Cruza la brisa ingrata y pasajera,
Y repite una voz; —sinó deliro
Es de una virgen, que por vez primera
Sintiera amor, el candido suspiro.

Suspiro melancólico y suave
Que vá brindando amores con la brisa,
Mas puro y tierno que el cantar del ave,
Y que de un niño la infantil sonrisa.

—
Todos cantan amor, todos se bañan
Entre flores de amor y amor dá flores;
Los que se niegan á querer se engañan,
Pues no tiene alma quien no siente amores.

ISAAC DE TEZANOS.

(Continuará.)

Horas de invierno.

CANTO PRIMERO DE UN AMANTE.

Estos cabellos que has despedazado
con las manos crispadas de dolor;
son la seguridad de tus propósitos
y los mudos testigos de mi amor:

Ellos irán donde mi cuerpo vaya:
ellos tendrán de mi vivir la gloria,
y su recuerdo semejante al alma
estaré siempre fijo en la memoria !

—
Fijo donde yo torne la mirada:
fijo en la luna que ilumina el mar:
fijo en la flor que crece en la campaña:
fijo en el cielo del país natal.

—
Donde quiera que escuche algun acento
creeré que estoy oyendo tu gemido,
lento, abrasado, vagaroso y triste,
andar errando por el oido mío!

—
Creeré ver de tu frente los nublados:
creeré ver de tus ojos la mudanza,
y la pálida sombra de la duda
allí donde reside la esperanza.

—
Nunca el vestido que se ondeó en tu talle

en esa noche de amargura y pena;
se quitará de mi vision turbada,
cual de la mente la esperanza eterna.

Nunca podré pensar que me has amado:
que tu frente en mi frente combatida,
ha inclinado doliente, sus tesoros:
sin sentir que soy tuyo por la vida!

CANTO SEGUNDO.

La luna estaba triste sobre el cielo:
trémulas las estrellas vislumbraban
de las lámparas diafanas y puras
unos como destellos de arrogancia:

El aire que pasaba mansamente
sobre la soledad de una ventana;
parecía traer algún anuncio
ó la queja infelice de alguna alma.

Yo te miraba pálido, y lloroso:
enferma el alma de un dolor profundo,
anhelando el momento de dejar
todas las viviendas de este mundo.

Yo te miraba—por tres veces quise
deponer mis agravios en tu ofrenda
y ceñir á mis ojos deslumbrados
ese vago delirio ó esa venda.

Pero tres veces ofendido el labio
dijo palabras de baldón y fuego:
y ya el perdón horrorizó mi mente
como un crespon que nos anuncia el duelo.

CANTO TERCERO.

Volvió la brisa á juguetear pasando
y vi la sombra de la triste luna:
y sentí aquí en el alma un movimiento
semejante al que turba el onda pura:

Ya no mas pensamiento de bonanza
un lazo solo que señale el dia
en que turbando de mi paz la gloria
tú me ofreciste una esperanza impia.

Ardió en mi frente la olvidada queja:
cruzó en mi sangre el abrasado vértigo;
y cayó mi cabeza anonadada
en un mar de visiones y tormentos.

MARCELINA ALMEIDA.

El Pobre Diablo.

Hay manifestaciones que importan la aceptación de todo cuanto pudieramos aspirar, y sin que hayáis dicho jota, ni hubieramos merecido los grandes títulos y saludos con que algunos son recibidos por la prensa,—individuos por cierto, que bajo esa condición escriben y dicen á veces mas de lo que debieran; circunstancia que los pone en transparencia, ya como ignorantes las mas veces, ya como presuntuosos y vanos, que se precian ser mas de lo que son desde su principio al fin;—os agradece el *pobre Diablo* la publicación que habeis hecho de su fiambre, doblemente *retrogrado*, porque no hemos empezado por quemarnos incienso, como algunos de aquellos, que al tratar cualesquiera materia, comienzan por decir «*aquí estoy, yo soy el único*»; y así concluyen como el pájaro en las ramas, sin otra consecuencia ni ventaja que el haber consignado en letras gordas el nombre que le distingue de los demás,—y que á veces traen apellidos supuestos para no confundirse ó evadirse de lo que son propiamente, como (v. g.) el de *pobre Diablo*, y otros que aunque se firman *Justo Gómez*, no son sino *Pedro Gómez* bien conocidos ya desde que empezaron á mamar.

La modestia ha muerto en el siglo XIX, sustituyéndole la AUDACIA en todo género como os hemos dicho en nuestra anterior.

Así es pues que no extrañamos las reformas que se van introduciendo en el orden social, ni la mono-mania de los que quieren que se les llame *literatos*, sin serlo; reformistas, poetas, ilustrados y non plus ultra en todo género y materia.

Perdona, querido Uruguayo, si venimos á empalidecer tus columnas con escritos de tan mal gusto y capaces de hacer dormir de hastío al enamorado que se desvela pensando en su querida amante; como se duerme el centinela después de cinco días de fatiga consecutiva, ó como yacen entregados á Morfeo la mayor parte de nuestros sacerdos, después de prima noche. Sin embargo de creer que estos tienen alguna razon; puesto que á mas de ser muchos de ellos octogenarios; tienen que trabajar de dia para aumentar su sueldo de sereno que no escederá por cierto de veinte pesos, y ya veis querido, que con los veinte no pueden vivir los hombres que necesitan alimentos fuertes y abundantes, en un país que debido á su progreso, y á pesar de la paz que nos cubre con su manto benéfico, la carne vale tres vintenes libra generalmente, el pan sigue en aumento de precio, el agua vale tanto, la casa cuanto; el resultado es que, si fuesen á estar atenidos á los veinte pesos tendrían que transmigrar subterráneamente á otros heris-

serios, donde probablemente se gastará mucho menos y se vivirá tranquilo.

Y ahora que hemos tocado renglones de vital necesidad, é inter tanto no nos digan de que manera se podrá vivir con mas delicias y comodidad, os preguntaremos á vos que sois Redactor; —si duerme como aquellos seres, esa gente encargada de velar por el público— si despierta se lo llevan leyendo la carta constitucional, que tantas veces se ha olvidado, allá en épocas, memorables y mas que célebres.... Porque como ella establece la industria libre, tal vez se crea que esa libertad puede abusar del bolsillo del prójimo cansado ya de sufrir tantos políticos, como hastiado jime bajo el peso despótico de los agiotistas y usureros que por gracia de Dios pululan en los mercados, plazas y calles.

Nos matan la fe, por cierto, (*si hay algo de real*) que tiempo andando hemos de tener que salir con un saquito de puerta en puerta, así como ellos se pasean hoy de bolsillo en bo'sillo hasta dejarles escualidos, como aquel viviente de guante blanco muy ajustado, que no pierde ópera ni función publica sea cual fuere, donde va ostentando sus hermosas patillas á lo *napolitano* y sus cabezas rizadas con todos los humos de artista.

En fin, mi amigo (*si lo sois, pues yo soy vuestro*) como os hubiese dicho algo en mi anterior respecto á Marcelina, no puedo menos que volver un saludo á *Telesfora*, que se nos ha venido haciendo sentir el latigazo en su crítica á la autora de la obra intitulada *Por una fortuna una cruz la cual debe declararse gusano*, aspirando á ser luego mariposa para volar en contorno de aquella luz que con llama tan ardiente sostiene una crítica, bastante zurragiadora y de una propiedad indigestiva. Ellas son del bello seco, y por consiguiente se comprenderán muy bien y el antagonismo tocará, á no dudarlo, las cuerdas del ridículo.

El *Pobre Diablo* que vive entre abrojos no extraña esas punzadas,—porque como ha dicho bien *ES POBRE* y ha de pasar inapercibido, y basta cargar esa cruz para que se le tenga lástima y se le relegue al olvido (*sinónimo del desprecio*)—; ¿Qué se ha de hacer? Esa es la vida poco mas ó menos; pues no hay duda que en este siglo vale mas permanecer ignorado que ser conocido más que si nos queremos hacer sentir por el camino de las letras que en mi concepto es el mas peligroso, puesto que al menor descuido venimos rodando como una bola, aunque seamos cuadrados y tengamos tantas puntas como estaciones tiene el año.

Yo que aunque no sé todo lo que pasa, porque miro las cosas y no las conozco,—debo declarar de nuevo: que nuestro edificio es muy celoso particularmente para los despreocupados de espíritu, y fanáticos en su fe. Así es que, deseáramos no la prodigaran con estremo por

que á tanto porrazo es susceptible pierdan la cabeza y tengamos que aumentar el cuadro de tanto desgraciado que veranean allá por la casa de los *cuerdos*; *cuerdos* que se ven ausentes de otros muchos, como aquel individuo que se le presentó el martes de esta semana á nuestro amigo el cronista de la *Prensa Oriental*, á ese editor que el miércoles nos reproduce el nombre, quemandonos un grano de incienso tan aromático, como nos son gratos los cigarrillos de Carrillo y Ca. que de dia en dia nos aromatiza con su rico tabaco, sin embargo de costarnos 40 centes imos las once pastillas que componen el atadito.

Si nos obsequiara con media docena semanalmente nos ahorraría un ciento por ciento, y entonces ¿cómo no hablaria el *Pobre Diablo* de los que han caido en la monomanía de colocar al frente de los cigarrillos el retrato del General Prim y otros célebres combatientes del siglo XIX? Lo único que falta es que salga algún otro con la tumba de los mártires bandidos bajo el eterno de tanta gloria adquirida á costa de cruentos sacrificios.

Es por demás comprendido el capricho dominante en ciertos especuladores de mal jénero y poco luchos.

Pues que ignoran ¿que si los que simpatizan con el General Prim toman los cigarros que traen su retrato, hay un número crecido que está por la causa de los *Marroquies* y dejarán de tomarlos? Vaya!... Vaya!... Apostariamos, á que no hay un *Marrueco* que tome un cigarrillo de aquellos:—Como creemos que no habrá uno que deje de comprar la carne á nuestro amigo Diago por el íusimo precio de 7 reales arroba.

Mal modo de inmortalizar un hombre, y mucho peor el objeto; pues la gente de ahora *que forma una parte de ese público respetable* se vá al grano, y lo que quiere es buen tabaco y papel. Aquí está el busilis!...

No quisieramos concluir esta ensalada sin hablar algo de la Plaza, donde al compás de las hermosas piezas de música se baila y disparata de todos modos, y por donde nos paseamos de continuo, la mas veces solos. Pero no fué así el lunes por la noche en que nuestro *pobre Diablo* pudo cazar por la calle de Buenos Aires una de esas *Houri*, que cual el *Rui- Señor* dejó sentir su acento melodioso y tan pronto como pude le puse el brazo y posandose en él volamos rápidos al frondoso prado de la Constitución [plaza] donde moviánse mas de dos cientos vivientes, pero que ninguno llegaría por cierto al encantador *ruiseñor* que acompañaba —y no hay que interpretarme mal, mi amigo, porque yo no tengo nada de lisonjero ni presuntuoso; pues estoy cierto que si lo llegases á ver, no os valdría el ser casado.

Que tal, me porto bien amigo? aunque soy un *pobre Diablo* no dejo de arrastrar el ála que va quedando por cierto sin pluma tales han sido y son los escopetazos re-

cibidos,—pero como el flechazo que me hirió el sábado de la semana pasada jamás había experimentado.

Esa plaza, amigo Uruguayo, tiene que ser un misterio, no hay duda. Allí se vé tanto bueno y tanto malo, que un observador sacaría grandes ventajas, y si le fuese posible ya tendrían tópicos en profusión para formar novelas históricas y bien sentidas.

Yo, debo protestaros que, si tuviese la pluma de Dumas, Espronceda, Zorrilla, ó la vuestra no más, le cantaría todos los días á la hermosa A.... que me prometió conservar para siempre el primer jazmín, que diera una planta; jazmín que guarda todo un olor.

Y, podrá el *Pobre Diablo* verle algún dia marchito por el calor de aquel seno anjelical?

Esperamos, que tal vez llegue el momento feliz, de poder sentir la presión de su mano y

Ya se vé, en estos tiempos todos aspiran á mucho mas de lo que deben, así no se estrañará que el *pobre Diablo* pretenda algo superior á sus fuerzas; mientras que otros se entretienen en los cafés entregados á Baco; gozando, segun ellos, de los placeres de la vida, donde se les vé desfallecer gradualmente segun los efectos del narcótico que van apurando.

El caso es que apesar de estar alumbrados, se consideran á oscuras y en ese caso toman los diarios que arden en la política, y llegan á tal punto que, proclamándose *opinión pública* arreglan movimientos y se lanzan en sueños á hacer una reforma general, ya condenando el principio liberal, ya anatematizando á todos aquellos que no piensan como ellos, aunque ellos piensen un disparate, que esto es lo mas corriente,

Vaya con el *público civilizado*!

Cómo hemos de vivir tranquilos si todos son reformistas?—no queda un prójimo de ese *público sensato*, que no pretenda ser ministro; así es que á poco andar hasta el *pobre diablo* va á escalar alguna *posicioncilla insignificante*, como la de hacienda, de... y no será siempre mas cómodo vivir sumido en la política, que el estar olvidado de la humanidad?

Veremos en que quedamos, despues de oír la discusion política cuanto impolitica, que sostienen los diarios, «el *vispertino*» y el que llamamos nosotros «*aurorino*.» Dos astros en eclipse total.

Siglo de luces, en que la prensa se ha constituido en hoguera devastadora de todos aquellos pobres de espíritu, de los que ciegos buscan la luz de sus llamas, como la mariposa la luz de la vela, donde viene á caer presa de su rudeza ó ignorancia.

Creo que para ensalada es demasiado, aunque cuanta mas sea, mas *satisfechos* quedaran aquellos que lleguen á probar, á quienes les pedimos le echen un poco de sal

y pimienta, que á nosotros se nos han secado las plantas á causa de no llover, cosa que debe ser ignorada, al menos para aquellos que á fuer de patos se lo llevan en el agua, y para ese *público respetable* que se lo pasa la mayor parte del tiempo humedeciendo la garganta, como *AQUEL amigo* nuestro de *feliz* y nunca bien ponderada memoria..... Ya me entendeis!

Adios, y si no os gusta este hambre dadle traslado de él al sepulturero.

EL POBRE DIABLO.

Las ilusiones.

I
Locos delirios de la mente humana
Las ilusiones de la vida son;
Mágicos ecos que sin écho vagan,
Risas que mueren al primer dolor!

II
Bienes supremos que ambiciona el alma,
Síldiles y Hadas que nos miente amor;
Vanos castillos que derrumba el aura,
Vagos fantasmas que disipa el sol!

III
Dulces mentiras que con arte engañan,
Hijas falaces del falaz error;
Flores que esparce la existencia vana,
Flores que siega la tremenda hoz!

LAURINDO LAPUENTE.

Las supersticiones antiguas y modernas

El hombre tiene dos facultades, el sentimiento y la razon, que se están haciendo perpetuamente la guerra; el dia en que puedan entenderse sería un dia notable para la humanidad, pero ese dia está lejos de nosotros todavía, si juzgamos de la realización de este problema por los esfuerzos que hace continuamente la superstición, esa aberración del sentimiento, para reconquistar el terreno que la ciencia le hace perder.

Voltaire dijo con mucha verdad que cuantos mas progresos hace la razon mas rabioso se pone el fanatismo. Es cierto tambien que en nuestra época, la superstición es absolutamente privada de invención y que no hace mas que copiar los sistemas gastados de la antigüedad, lo que es de buen agüero para el porvenir.

Podemos decir que bajo este respecto hemos degenerado mucho, porque lo que se llama maravilloso ó milagroso entre nosotros, no es sino una copia incompleta y muy inferior al original. Antiguamente lo maravilloso se acercaba mucho á lo divino. Mas tarde se puso en contacto con los dioses solo por medio de los profetas

de sus ministros. Hoy dia no se tiene mas relacion con el cielo sino por medio de las mesas giratorias, de los trípodes ó de las sonámbulas.

Estamos, pues, en completa decadencia ; gracias á Dios !

Todo el mundo conoce el refran: «a la hai nuevo debajo del sol.» Los aficionados á lo maravilloso tienen pues que convencerte que nada han inventado tampoco en este siglo, y si lo dudan que lean el extracto siguiente que en este copiamos textualmente de Tertuliano; un Padre de la Iglesia, dice así en su *Apologético*, cap. xxiii:

« Si los mágicos tienen la facultad de hacer aparecer fantasmas, de evocar las almas de los muertos, de hacer profecías á los niños; si esos charlatanes imitan un gran número de milagros que parecen debidos á los *círculos y á las sillas* que algunas personas forman y arreglan entre sí; si pueden mandar los sueños que se les antoja, si hacen conjuros, si tienen á sus órdenes ciertos *espíritus mensajeros* ó demonios, por medio de los cuales *las sillas y las mesas que profetizan (mensae divitiae)* son un hecho vulgar; no se puede poner en duda que esos mismos especuladores han de esforzarse mucho en realizar por sí lo que hacen con tanto prestigio para los demás. »

¡ Ahí están pues las sillas, y las mesas giratorias, y los trípodes, que, hace poco, ocuparon tanto la atención de hombres serios entre nosotros, reducidos á no ser mas que una mera reproducción de los ejercicios mágicos y supersticiosos de los primeros siglos de nuestra era ! Recordamos que aquí hubo un club muy concurrido de los creyentes á los oráculos del trípode, y que hubiera sido hasta peligroso tratar de demostrar á esos buenos creyentes lo ridículo de sus prácticas ; tanta fuerza tiene lo maravilloso sobre la pobre razon humana !

Solo la Iglesia latina tuvo el privilegio de los milagros verdaderos, lo que la habilitó para oponerse á los falsos. Así lo probó fuera de su seno, á las religiones rivales, al Druidismo, por ejemplo, cuyos sacerdotes, considerados como mágicos, fueron expulsados, ahogados ó quemados vivos en todas partes; lo probó también á sus propios hijos, cada vez que trataron de usurpar sus atribuciones. Es conocido el papel importante que el diablo y sus secuaces hicieron en los países católicos durante la Edad-Media, y hasta mucho mas cerca de nuestra época también, pues en el siglo XVI el Parlamento de Rouen, en Francia, presentó todavía á Luis XIV una petición con el objeto de obtener de la piedad del rey la conservación de la jurisprudencia que castigaba la brujería ó hechicería con la pena de muerte.

Hemos dicho que nada de nuevo tienen las novedades de nuestra época, en este género, y la citacion de Ter-

tuliano lo prueba bastante. En todos los países y en todas las épocas hubo mágicos y brujos. Aulo-Gelo habla de un adivino célebre llamado Nigidio Tigulo, amigo de Ciceron, y que tenía la fama de ser un mágico muy hábil. El pitagórico Vatinio, que Ciceron acusó, se vanagloriaba de evocar las almas de los muertos, como el famoso Hume de nuestra época. Anaxilao de Larisa, filósofo platónico del siglo de Augusto, fué desterrado de Roma y de la Italia, como mágico. Virgilio en la Egloga VIII describe los encantamientos de una amante que quiere reconciliarse con el infiel Dafneo.

Horacio, en el Epodo V cuenta los sacrificios nocturnos y las prácticas terribles de Canidia. Lucano, en el libro VI de la *Farsalia*, dice que el hijo de Pompeyo consultaba en Tesalia á la mágica Erectea. En fin, esa época fué la del profeta Alejandro, de Peregrino Proteo que se quemó públicamente en los juegos Olímpicos, en el año 165, creyendo renacer de sus propias cenizas, de Apolonio de Thyane que hizo tambien muchos milagros y que sus sectarios pretendieron oponer á J. C.

Los cuentos de Apuleyo son como la expresión de las creencias supersticiosas de aquellos tiempos, y los escritores modernos no se hicieron escrupulo de copiarlo en muchas partes, renovando así las supersticiones antiguas. Sin hablar de los célebres cuentos de brujas que hacen las delicias de los niños, reproduciendo los mismos incidentes de las *metamorfosis* de Lucio, encontramos en Cervantes, en Lafontaine, en Fenelon, en Lesage, muchas imitaciones del *asno de oro* de Apuleyo. «La famosa batalla sostenida por D. Quijote contra los odres de vino,» recuerda el combate nocturno de Lucio con odres que le parecieron ser unos ladrones. Fenelon sacó el cuadro del séquito de anfítrito de la graciosa descripción que hace Apuleyo, en el episodio de Psychea, del séquito de Venus llevada encima de las aguas con todos los dioses de mar á su rededor. Doña Leonarda y la joven robada por los ladrones en el *Gil Blas*, provienen de la historia de Carita en la cueva contada en las metamorfosis de Apuleyo. En fin, el fabulista Lafontaine ha traducido en un lindo poema francés el episodio de los amores de Psychea.

Los escritores modernos son muy fecundos, es verdad, pero si se les disputase todo lo que deben á los antiguos, se tendría mas veneración para esos maestros en la invención y en el estilo, y los jóvenes los estudiarían con mas ardor.

En estos útimos siglos hemos visto en Francia todavía las maravillosas vírgenes de Loudun, los convulsionarios Jansenistas, la varita adivinatoria, los profetas protestantes, el falso Judío Errante, el prodigioso conde de Cagliostro, y en este los pretendidos prodigios del magnetismo animal, las mesas y sillas girato-

rias, los sombreros movedizos, los trípodes, los espíritus llamadores, &c., y todo eso en medio de los siglos de la filosofía, de la ciencia y de las luces, como si Newton, Voltaire, Arago nunca hubieran existido.

Hoy, como siempre, la mayor parte de los padres y madres de familia educan á sus hijos con los cuentos de cucos y tíos que les predisponen á aceptar pronto como verosímiles todas las historias maravillosas y milagrosas que no sirven sino para estrarriar el juicio y entorpecer la inteligencia.

Estas reflexiones nos han sido sugeridas por el informe luminoso que hizo el Sr. Leon de Wailly sobre la obra recién publicada en París, por el Sr. Louis Figuier titulada *historia de lo maravilloso en los tiempos modernos*, obra que hace mucho honor al talento tan renombrado ya del autor de la publicación anual, tan concisa, útil y interesante que lleva por título: *El año científico e industrial*.

Terminaremos estas observaciones por algunas palabras de Cicerón, que tal vez podrán servir de excusa á nuestras críticas, justificando al mismo tiempo la idea que nos guía; el gran orador romano dice así: «Trabajemos con el mismo empeño, tanto en propagar la religión conforme á las leyes de la naturaleza, como en cortar de raíz la superstición que nos amenaza, nos comprome y nos persigue por cualquier lado que volvamos la vista; puesto que destruir la superstición no es destruir la religión.» (1)

A.

La compañía Thierry.

Apesar de la mala noche del domingo, la compañía de baile dió su primera función después de su vuelta á nuestro seno, en el coliseo de *San Felipe y Santiago*. Mas de quinientas personas hacían sentir á cada instante sus calorosos aplausos al arte y al jenio reunido.

Ah! Cuántas sensaciones no habrán experimentado aquellos que, como nosotros, son heridos por los dotes del arte puro y risueño de aquellas *Silfides* que al son de las hermosas notas arrancadas de la orquesta dirigida por el simpático Pretty se elevan y llenan el espacio con sus gasas nítidas, como la aurora.

Aquellas idealidades celestiales entre sus gasas puras y el color de rosicler que vierten sus formas aéreas y voluptuosas son dignas solo de la concepción de Victor Hugo ó del pincel de Rafael.....

Y, habrá quien indiferente al jenio inspirador, se despreocupe de momentos tan risueños y llenos de una idealidad sublime como son esas amenizadoras hijas de la Francia? De esas *Silfides* que cruzan el globo en álabes de la inmortalidad?

(1) Cicerón. *De la adivinación*.

No podemos considerarlo así.—Y nuestro San Felipe, será sin duda en adelante el paraíso ficticio de nuestra inteligente sociedad.

El espectáculo fué digno, no tan solo en la parte de baile y costosa maquinaria, sino en la de música en que el jenio francés da vida al sentimiento mismo que le es característico.

El Señor Corby se desempeñó perfectamente como siempre, y durante su protagonismo no cesó de recibir del público manifestaciones vehementes del entusiasmo con que era admirado.

El cuerpo coreográfico, bien ensayado y vestido con la exactitud posible, contribuyó eficazmente al éxito completo de tan bien coordinada función.

Felicitamos á la Sta. Thierry y demás artistas por los merecidos aplausos que han sabido grangearse en la exhibición del Domingo, bajo la dirección del inteligente Mr. Thierry, y creemos también que este así como nosotros deseáramos volver á ver en la escena á M. Corby desempeñando el papel de «el inglés en España». Que se repita pues!

F.:

SEMANARIO URUGUAYO.

Todos los artículos sin firma, pertenecen sin exclusión al redactor—JOSE H. URIARTE.

BIOGRAFIA DEL D. MARTINEZ.

La herencia más valiosa que dejan á sus conciudadanos los hombres de conducta ejemplar, es la biografía de sus hechos.

Tributando nosotros un voto de respeto á la memoria del finado, dedicamos hoy las columnas del *Semanario* á ese documento, que una persona de la intimidad del señor Martínez tenía depositado hace tiempo, y que á nuestro pedido lo cede para publicarlo.

Damos al Sr. Dr. Vidal nuestros parabienes, por rendir á la historia del país un importante servicio salvando del olvido la vida del ciudadano, cuyo busto como a reseña de sus hechos merecían ocupar un lugar distinguido en nuestra biblioteca nacional.

Si bien nuestra historia es rica en hechos de heroísmo militar, no lo es menos en heroísmo civil y social; pero desgraciadamente hasta hoy no se ha hecho caudal de estos, á pesar de ser los que enjundran mayor número de lecciones y estímulos imitables.

Como el señor D. Francisco Antonio Maciel, D. Lucas Obes y otros ciudadanos de venerable memoria entre todos los orientales, sean cuales fueren sus aficiones políticas, la figura noble del Dr. D. Francisco Martínez se levanta sobre la conciencia de los que le conocieron, ó participaron de sus conocimientos, como un monumento que reconcentra todo lo que al corazón hu-

mano, puede egsijírselle en honor de la patria y bien de sus semejantes.

APUNTES BIOGRÁFICOS DEL DR. D. FRANCISCO MARTINEZ.

Era costumbre de nuestros antepasados, transmitir á la posteridad, la vida y acciones de los hombres mas célebres; y nuestro siglo aunque indiferente para sus contemporáneos, no ha abandonado esta costumbre siempre que una virtud eminent, ha vencido y sobrepujado la ignorancia del bien y la envidia, vicios comunes á los pequeños como á los grandes Estados.

TACITO.

El Dr. D. Francisco Martinez nació en Maldonado el 9 de Octubre de 1779, de una familia pobre, pero honrada: tuvo la desgracia de perder su padre cuando apenas tenía 15 años y se vió forzado á consagrarse los años de su juventud en trabajos vulgares para poder servir de amparo á su familia desolada.

En 1796 hallándose en guerra la Monarquía Española con la Francia, el Virey de Buenos Ayres ordenó al Ministro de Real Hacienda D. Rafael Pérez del Puerto que plantease un Hospital de Medicina y Cirugía en la ciudad de Maldonado; disposición que se llevó á cabo en el mismo año, quedando así instalado el Hospital, que vino á dirigir D. Juan Giménez médico cirujano de la expedición Zeballos, agregado después al primer batallón del Rejimiento del Fijo.

El Sr. Pérez del Puerto animado de los mejores sentimientos hacia el joven Martinez, lo recomendó á Giménez para que lo recibiese en el Hospital, y le instruyese como practicante de cirugía.

Poco tiempo después de su entrada al Hospital, Giménez puso en manos de su joven alumno, los principios de cirugía de La Saye y un tratado de anatomía por Martín Martínez. El discípulo correspondía de tal modo á los afanes del maestro, que Giménez con perseverante paciencia le daba lecciones diarias, instruyéndolo en todos los ramos de la profesión á que se había dedicado.

Obligaciones de familia, llamaban á su protector á Buenos Ayres, y Giménez se vió obligado á hacer la dimisión de su empleo, viniendo á substituirle á principios de 1800 D. Francisco Jurao, médico cirujano que había pertenecido al primer batallón del Rejimiento de Burgos.

No partió Giménez sin hacer delante de Jurao, un elogio cumplido del nuevo Practicante; recomendándolo por su carácter grave y estudiado; su afabilidad y dulzura con los enfermos; su espíritu juicioso y observador y su inteligencia sobresaliente en el estudio de la medi-

cina y cirugía. Jurao se levanta y se dirige á Martínez con los brazos abiertos: este que estaba triste y abatido con la partida de su protector, sin esperanza tal vez de ver concluida su carrera, vió brillar en aquel abrazo tan sincero y espontáneo, la aurora de un sol inesperado.

A principios de 1801 D. José L. Osorio, primer Practicante del Hospital renunció su empleo, y Martínez fué nombrado en su lugar.

Giménez había sido un maestro cariñoso: Jurao fué un bienhechor, un amigo verdadero. A estos dos hombres de principios austeros debió su educación, el hombre que mas tarde debía prestar muchos servicios á su Patria y consagrarse una larga existencia de honradez, de abnegación y de virtudes, al servicio de la humanidad doliente.

Jurao después de una larga y penosa enfermedad, espira en los brazos de su discípulo haciéndolo depósito de sus últimas voluntades. Continuó sin embargo en el Hospital con D. José Díaz sucesor de Jurao, hasta 1805, época en que salió á recorrer los Departamentos de Maldonado, Minas y Cerro Largo, llevando por primera vez la vacuna y propagándola en todas las clases de la sociedad.

Terminada la misión que espontáneamente se había impuesto regresó á Maldonado donde continuó prestando sus servicios á varios heridos de gravedad que se hallaban en el Hospital.

En ese tiempo los ingleses se apoderaron de la ciudad. Por una feliz coincidencia, su habitación quedaba frente al cuartel de los invasores; circunstancia que le hizo adquirir relaciones con los médicos de la expedición y sobre todo con el cirujano Mayor Dooley.

Un día se le apersona éste acompañado de un intérprete y le hace decir que el General Base había preguntado por él en el almuerzo; que no había de ser para darle nada y que le aconsejaba se ausentase de la ciudad. Así lo efectuó en aquella misma noche con dirección á Pan de Azúcar. El consejo era oportuno: al día siguiente todos los hombres útiles eran presos por orden del general y embarcados en la escuadra.

En Pan de Azúcar se encontraba el ministro Pérez del Puerto con la división Allende: Martínez recibe la comisión de venir á Montevideo á proveerse de medicamentos y á su regreso es destinado como Cirujano á la división de D. José Rondeau; al día siguiente ya tuvo la ocasión de prestar sus servicios profesionales: los ingleses apurados por el hambre hacen una salida y llegan hasta la estancia de D. Manuel Nuñez donde son atacados por la división Rondeau obligándolos á retroceder.

Poco tiempo después abandonaron Maldonado para venir al ataque de Montevideo: toman la capital y el Ministro Pérez del Puerto se retira á Buenos Aires.

Desde entonces se consideró desligado de los compromisos de su empleo. Reinaba á la sazon, una epidemia de fiebre biliar que se había generalizado en los departamentos de Minas y Maldonado. El tratamiento que empleaban los facultativos exasperaba frecuentemente la enfermedad dándole un carácter de *adynamia* sumamente grave. Con incansable actividad y ardoroso celo, se trasportó sucesivamente á Minas, Maldonado y San Carlos y las campañas circunvecinas, tratando innumerables casos con el éxito mas feliz.

Continuó administrando anualmente la vacuna, librando varias veces aquellas poblaciones de las terribles epidemias que las amenazaban, hasta 1812, época en que fué electo diputado acerca del general Artigas, titulado entonces *Protector de los pueblos libres*.

Partió para Paisandú donde se encontraba el general, siguiendo de allí para el Arroyo de la China con sus colegas Cabrera, Pascual Andino, Dr. Araucho, Dr. Cosio y D. Miguel Barreiro.

Concluida la misión se retiró á San Carlos donde siguió ejerciendo la profesión; pródigo siempre en los actos de su inagotable beneficencia, y cuando en 1816 estalló la guerra con el Imperio, con el mas ardiente entusiasmo ofreció á la patria sus servicios, y nombrado cirujano del ejército siguió la campaña resignado á soportar todos los azares de la guerra.

En el mes de noviembre del mismo año tuvo lugar la batalla de India Muerta donde la fortuna fué adversa á nuestras armas. Desde las cinco de la tarde de ese día permaneció hasta media noche, inmediato al campo de batalla, curando un número considerable de heridos. A esa hora avanzada recibe una carta particular anunciándole que dos oficiales de mérito, Gerónimo Duarty ayudante del General Rivera y Patricio Calderon, se hallaban gravemente heridos; y se decide á partir al instante. En vano le observan la distancia que tiene que atravesar por medio del enemigo, y los peligros á que se expondría á cada paso en medio de una soldadesca dispersa y desmoralizada. Nada le detiene; se pone en marcha y logra salvar de la muerte á Duarty y Calderon.

¿Es posible hallar en un médico un arrejo de heroísmo que muestre mas abnegación, mas patriotismo y mas amor á sus semejantes?

Acomodando parte de los heridos en carretas, y otros á caballo, se dirigen por órden del general á la estancia de D. Mateo Cortés y de allí á las Minas, teniendo muy luego que abandonar este punto para retirarse á la cañada de García, por la aprosimación de Silveira general Brasilero que buscaba la incorporación con Lecocq.

El delegado D. Miguel Barreiro le ordena que traslade su hospital á San José, envíe los enfermos á cargo

del médico D. Manuel Olivera constatando al delegado que su presencia se hacía necesaria en un punto más céntrico; que muchos heridos se encontraban sin auxilio en la villa de Minas y que marchaba á socorrerlos.

Las distancias que diariamente tenía que recorrer para socorrer á sus enfermos y los ardores de un sol abrasador le ocasionaron una violenta *oftalmia* que le obligó á solicitar una licencia del general para atender á su salud y se volvió de nuevo á San Carlos donde permaneció ejerciendo y administrando la vacuna encargado por el Dr. Gutierrez Moreno hasta el año 1839.

Durante los 9 años de guerra, prestó importantes servicios á la división del General D. Ignacio Oribe, y después á la del coronel D. Juan Barrios; recibiendo de estos jefes repetidas muestras de la consideración y aprecio á que era acreedor el Dr. Martínez. Desde 1851 ha permanecido en el seno de su familia atendiendo á su quebrantada salud: sufriendo las consecuencias de una *congestion cerebral* que le acometió en Minas á principio de la guerra pasada.

Pero aun en este estado en que sus fuerzas no le permitían consagrarse á la asistencia, se le ha visto por repetidas veces, olvidándose á si mismo, responder á la voz del infortunio que imploraba su caridad llevando al desgraciado el remedio para calmar sus males y la *limosna* para aliviar su miseria.

Como médico dió á la sociedad las garantías de saber, de experiencia y moralidad que ella tiene el derecho de escijir. Era Jubilado y pertenecía á la Sociedad de Medicina Montevideana como miembro Honorario.

Llegó al fin de su carrera, teniendo por recompensa (la sola que anhelaba) la tranquilidad de su pura conciencia, el aprecio de sus conciudadanos, y la dulce satisfacción de haber sido el bienhechor, el Padre de los pobres.

Este es el momento de hacer á su memoria toda la justicia de que era digno, para que las generaciones venideras, la miren al menos con el respeto y veneración que ella merece.

Y si se creyese que hay lisonja en mis palabras, apego á las madres de familia del departamento de Maldonado. No hay temor en elogiar á los muertos. La distancia que nos separa impide que se turbe el valor sin riesgo de lastimar la modestia al héroe del Panegírico.

Un día que recordando varios episodios de su vida, le hacían mil reflexiones, sobre la indiferencia con que las *Ingratas repúblicas* miran á sus mejores servidores, el anciano profundamente conmovido me respondió: «yo nunca he servido guiado por el interés ni buscando el aplauso de los hombres: el sentimiento del bien es innato en mí: como médico y como ciudadano he hecho todo cuanto he podido, por lo demás.....

desprecio la calumnia, desprecio la ignorancia y perdonar la ingratitud. »

Palabras sublimes dignas de su grande alma, y de su magnánimo corazón!

Montevideo, Diciembre 26 de 1860.

FRANCISCO ANTONINO VIDAL.

(Continuará con los documentos justificativos)

SUICIDIO.

La sociedad de Paisandú acaba de recibir un golpe que ha conmovido sus bases humanitarias repercutiendo en la parte ilustrada de la de esta capital. Tal ha sido la inesperada nueva de la desaparición de D. Ramón García, colector de Aduana de Paisandú. La versión que se hace de los motivos que impulsaron a aquel desgraciado, si bien favorece al crédito de honradez que gozaba entre el comercio y sus amigos, no puede sanitificar el hecho de atentar contra una vida que no era suya.

Uno de nuestros suscriptores nos ha franqueado la carta que transcribimos a continuación y en que aunque someramente se noticia tan sensible pérdida.

Dice así:—

Paisandú, Enero 20 de 1861.

« Sr. D.

« Mi amigo:

« Le escribo a Vd. bajo la impresión dolorosa de un suceso fatal que acaba de tener lugar en este pueblo. Nuestro amigo D. Ramón García acaba de suicidarse pegándose un tiro en la cabeza.

« Hasta ahora son desconocidos los motivos que pudieran haber influido para que este hombre desgraciado pensase y llevase a efecto una determinación tan extremada.

« Muy bien querido en todas las clases de esta sociedad, particularmente en el comercio, a quien por su posición de Receptor servía con asiduidad y empeño sin faltar a los deberes de su empleo. Honrado hasta el extremo, y con aptitudes como no se pueden encontrar muchos, para el cargo que ocupaba, y para cualquier otro que se le quisiera destinar; este hombre ha sido víctima de un pensamiento fatal que lo ha llevado a la tumba.

« Al dar a Vd. esta lugubre noticia estoy cierto nos acompañará en tan justo sentimiento.

« Siempre de Vd. amigo y S. S. D. O. »

ENFERMEDADES

Cada cual ha dado en la manía de investigar el por-

qué de las enfermedades y de las defunciones actuales. Efecto del poco qué hacer, ó de inteligencias dispuestas a enfermarse de los temores ajenos. Nosotras que acabamos de pasar por una de tantas *indisposiciones* anexas a la estación, no encontramos más aplicación a las alteraciones de la salud que, el mal estado de sazón de algunas frutas; descomposición natural en las aguas que bebemos, producida por la seca, y el más ó menos consumo de la carne *cansada* que se expende en algunos puestos del mercado.

Eso es todo. No hay pues que empezar a dar oídos a la ignorancia ó a la criminal mala fe en este sentido. Sin ser profesores en medicina, nos atrevemos a asegurar que no hay el menor síntoma que asuste: sino que hoy como siempre cada cual debe arreglar su temperancia al grado de voluntad propia para la conservación de su salud y de su vida.—Eso es todo; y no hay más.

HOSPITAL DE CARIDAD.

Al fijarnos en el camino moralizador que ha tomado toda clase de administración en la época actual, se nos ocurre averiguar de qué modo se hace el suministro general de aquel establecimiento de Caridad pública. Creemos que ya no se practica en él el medio de licitación para cada uno de los ramos que componen aquel suministro, y si tal sucede, aconsejariamos a quien corresponde el restablecimiento de tan conveniente práctica, por cuanto afecta directamente a los intereses económicos del Establecimiento.

No tenemos idea de poner en duda la buena fe y vigilancia con que estén hoy servidos aquellos intereses, solo indicamos medidas de economía por si son dignas de atenderse.

ADVERTENCIA

En la parte de *hechos consumados* van algunos que no nos pertenecen; y apesar de que pueden acarrearnos disgustos que quisieramos evitar, tenemos que sacrificar ciertas consideraciones a la libre emisión del pensamiento. No es nuestra, pues, su redacción, ni somos responsables de las deducciones que provoquen.

LA OBRA LITERARIA

DE LA SEÑORITA ALMEIDA.

I

Preciso es convenir que para el desarrollo y buen camino de nuestra literatura se hacía necesaria la crítica razonada e inteligente, con abstracción de *prevenções* individuales y ajenas del ridículo exagerado por

la sátira vaciada en personalidades que por muy *salada* no puede hacer mas que abrir heridas profundas en el amor propio y quizás en el modo de ser privado de la persona en quien la sátira se emplea. En nuestra pobre opinión, sin embargo, aceptamos mas bien una crítica sea cual fuere, que un silencio absoluto sobre cualquiera publicación literaria; lo primero nos dà á entender que la obra que se critica, censura ó despedaza, ha merecido el honor de ser leída; lo segundo que ni aun siquiera ha logrado la distinción de hojearse. En tal distingüativa, optamos por lo primero, y felicitamos por ello á la señorita Almeida.

Entre nosotros, la literatura está en su cuna, y no haremos la injusticia de creer que todos los que la cultivan se consideren llegados á una altura de perfectibilidad, adonde no pueda osar el arma regeneradora de la crítica justa y razonada.

Sin que retrocedamos á épocas remotas, tenemos hoy á la cabeza de la literatura española autoridades tan respetables como Martínez de la Rosa, Breton de los Herreros, Hartzenbusch, Gil y Zárate, ventura de la Vega, Aignals de Izco, y muchos otros maestros que han soportado (y aceptado muchas veces) los fallos justificiosos de Villergas, Lafuente y otros críticos.

Mas ha habido: esas celebridades, aplaudidas, vitorreadas y coronadas en los Teatros donde han presentando sus trabajos, han mezclado á sus triunfos las muestras mas expresivas e inequívocas de parte de los literatos y de los pueblos con manifestaciones tan terminantes, que bastarían para matar moral y físicamente el cerebro enfermo de la idealidad de la perfección; y no obstante, aquellas categorías han aceptado tan manifestos signos de desaprobación, que, ó han correjido sus obras ó se han laureado nuevamente con creaciones mas perfectas.

Tiempo pasará sin duda para que otro tanto suceda entre nosotros; pero es preciso empezar, á fin de que las obras que se den á luz sean presididas del estudio, meditación y correcciones capaces de presentarlas menos vulnerables y mas dignas de una literatura que hemos de tener orgullo en llamar *Americana*.

(Continuará.)

CLASE DE NAUTICA.

El distinguido profesor D. Antonio Torres y Nicolás nos ha favorecido con una copia impresa del Reglamento de esa importante clase que ha fundado y regentea entre nosotros. Recomendamos su lectura á los estudiantes y padres de familia, pues se les ofrece una ocasión que deben aprovechar para dotar el país de inteligencias marítimas tan necesarias en él. No dudamos

que el Sr. Torres y Nicolás, llegará á ver coronados los deseos que le impulsaron á dotarnos de una aula de que se carecía, y que tan preferente atención obtiene en todo el mundo civilizado.

EL PORVENIR.

El elemento poderoso de la Prensa, cuando ya hasta en las campañas de América, llevando consigo la propagación de las luces, el desarrollo de las inteligencias, la derrota del fanatismo y la superstición, la enseñanza de los pueblos y la destrucción de la tiranía. A ejemplo de nuestros departamentos del Salto, Mercedes y Cerro Largo en breve, sienta sus reales el invento de Gutenberg en San Nicolás de los Arroyos, pueblo de la Provincia de Buenos Aires.

Saludamos fraternalmente al nuevo colega, y le deseamos larga vida.

D. LAURINDO LAPUENTE.

Este joven educationista oriental que tiene en trámite una solicitud optando á la Inspección general de Escuelas, ante la Junta E. Administrativa, ha aceptado en calidad de *provisorio* la dirección de la Escuela de la Agnada. Aplaudimos esta abnegación por parte del Sr. Lapuente; mucho mas cuando á la edad de quince años, rejoyó ya un establecimiento en mayor escala.

HECHOS CONSUMADOS.

— **Orijinales**—Los que conservamos hoy en nuestro poder, verán la luz en el número próximo.

— **Cambio de Imprenta**—La publicación del *Semanario* se hará en adelante por la IMPRENTA ORIENTAL, calle del 25 de Mayo n. 50; adonde únicamente se remitirán las correspondencias ó en su defecto á la calle de San José núm. 88.

— **No hay cosa mejor que conocer un nocio para despreciarle.**—Tal le ha sucedido á una persona con un viviente que no tiene empleo mas que andar por las imprentas pidiendo de favor que le permitan publicar sus disparates; y viendo que no hay quien los acepte, anda á la casualidad á ver si hay á quien venderselos por cualquier friolera. Encontró otro pobre diablo que necesitaba de él para salpicar con lodo un apellido, y le pagó y..... cosa rara! halló un diario que dijo: ¿me pagan? pues allá vayá y lo estampó en sus columnas.—Eh ahí pues el *crítico*: es un pobre diablo, no es mujer, y mucho menos *distinguida*; so pena de hacer creer injuriando á nuestras damas, que son ordinarias y malvadas (como la de la *solicitada* del 15 de

República): no, damas distinguidas! Se os ofende groseramente cuando os dicen esta blasfemia; y sino volved á leer la solicitada del 15 en la República, y aunque cambie de estilo moderando su maldad viperina: aunque se ponga un traje decente para tomar el derecho que le falta, que es *ser decente*: juzgad por la primera producción á su autor, y decid con nosotros, aquello de «aun que la mona se vista de seda—mona se queda!» R.

—**Negocio de muchachos y de mujeres.** Cómo! decíamos ayer un amigo, ¿quieren ustedes poner trabas á la industria pidiendo aranceles para el mercado? Eso es antiguo: viene de los españoles.

—Y las leyes que nos rigen no son tambien de los españoles? ¿por qué hemos de despreciar instituciones municipales que nosotros no hemos podido plantear ni mejorar?

—Vea ud., si no fuese por los que tienen hoy regulizado el servicio de venta en el mercado, no tendríamos fruta, como no tendríamos leche si los vascos no hubiesen tomado á su cargo ese ramo. Los hijos del país no sirven para eso.

—En efecto, cuando los obligaban á tomar un fusil para la guerra, no podían servir, que fué desde entonces que se les quitó esa ocupación. Pero si bien recordamos los antiguos tiempos, eso de vender en el mercado y repartir leche por las casas fué siempre ocupación de muchachos, de mujeres y de inválidos, mientras que hoy es de hombres robustos que bien pudieran ocuparse de los ramos para que llame el país inmigración.

—Y la libre industria? y las franquicias comerciales?

—No confundamos cosas que son en sí muy diferentes: tambien mercachiflear en la campaña, era libre industria y fué prohibido por una ley.

—Libertad en la lid clamaremos, y muriendo tambien libertad!

—Bravo modo de salvar la dificultad. Día llegará en que tambien se pida privilegio exclusivo para los que venden leche y víveres en el mercado, segun esa libertad desenfrenada que vamos satureando.

—Eso es la democracia.

—La democracia es la igualdad! Y esta existirá cuándo el zapatero, el carpintero y todos los demás artesanos, saquen tanto lucro de su trabajo, del sudor de su frente, como el vendedor del mercado que sentado todo el día y cantando el miserere llena su cofre sin pensar en el día de mañana, sin trabajar ni arriesgar un capital.

—¿Y los derechos que pagan?

—Es un pretesto; ¿qué son dos ó más reales díarios para el que gana el ciento por ciento jugando á la MORRA?

—**Segunda sección del Crimen.**—Cuarenta y seis son los procesos que siguen trámite ante este Juzgado: todos son por causas leves, tales como los recomendados últimamente por el Jefe Político del Departamento de San José, D. Silvestre Sienra.

—**Jeneral Prim.**—Nos place ver combatir con denuedo al nuevo atleta de los cigarrillos de papel. Oímos decir con jeneralidad á los buenos fumadores que son de los mejores cigarrillos que se espenden hoy.

—**Teléforo ó el hospital?**—No; si es Teléforo—No tal, que es un pobre hombre *cambia casacas*, que le hacen decir por plata lo que necesitan otros, que se diga para sus *fines particulares!*—Entonces es loco? De atar!--Pero quién es? tiene apellido? quién es?—Un individuo del hospicio-Vilardebó que le ha dado por escribir, y de paso por ganar así su vida!—Y quién lo mete en camisa de once varas, como dice el refrán?—La locura y la plata.—Pues amigo; no comprendía que la sociedad de ese hospital se descuidara dejando vagar por las calles á un desgraciado privado de su razon de tal modo.—Qué quiere Vd.: es necesario prevenir á la policia para que dé cuenta de ese literato que escribe con el acierto de un loco.

P.

—**Aroldo.**—El jueves estrenó la compañía lírica esta bonita partitura, que en general gustó mucho.

—**Compañía Thierry.**—Es necesario acudir á San Felipe esta noche para deleitar los sentidos con los preciosos bailes *Catalina, Tarantela y Jota Aragonesa*. Esta función es muy variada y reclama crecidos gastos.

¡A San Felipe!

—**Gemma de Vergy.**—Esta noche y en beneficio del Baritono Bertolini, se escribe esta grande ópera trágica.—La concurrencia será numerosa.

—**El jueves 31**—Para esa noche está anunciado el beneficio del bajo De Antony. En él toma parte el aplaudido Lelmi, desempeñando el protagonista de la ópera popular *IL TROVATTORE*.

—**Elegancia para Carnaval.**—Recomendamos á las damas y caballeros, los lindísimos frutos de cera que deben reemplazar á los groseros huevos de gallina ó de pato en ese juego tradicional. Hay entre aquellos las imitaciones mas perfectas del limón, lima, naranja, durazno, nuez etc. y unido á esa perfección, las aguas mas delicadas. Por hoy sabemos que se espedirán en la librería del Sr. Hernandez.

—**Circo francés.**—Trabaja hoy sus dos funciones acostumbradas.

—**Tocador de damas.**—El agua filodérmica cuyas virtudes relata el artículo que hoy transcribimos, se encuentra á venta con un despacho fabuloso, en el Ramillete de Flores, calle de Ituzaingó.